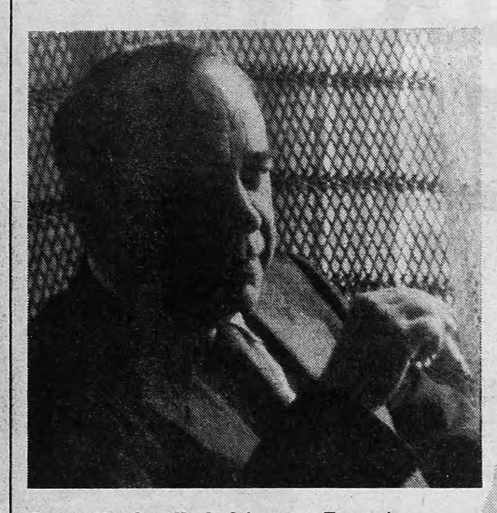


Como De Gaulle lo hizo con Francia, Leonardo Sciascia se casó con Sicilia. En ella nació, en Racalmuto, Agrigento, ese lugar en el cual, según la leyenda, el filósofo presocrático Empédocles se arrojó a las ardientes entrañas del Etna. Su matrimonio con Sicilia es una pasión, es decir, una mezcla explosiva de amor y odio simultáneos, que sus libros reflejan con una nitidez tan lúcida como violenta. En rigor, Sicilia es para Sciascia —el mayor de los escritores italianos contemporáneos— una cifra de Italia, una suerte de Aleph en el cual se proyectan, simultáneamente, las grandezas y miserias de la península. Rigurosamente hablando, Sciascia pertenece a esa poco concurrida serie de moralistas en la cual Voltaire —a quien admira— se perfila como la figura paradigmática. *Cándido o un sueño siciliano*, una novela formidable de Sciascia, es la prueba contundente de esta admiración jamás superada. Su sentido de la justicia es la condición de posibilidad de sus libros, ya sean novelas, ensayos, memorias o denuncias, como la ejemplar *El affaire Moro*, una de las más virulentas e inteligentes reflexiones políticas de este siglo. Su sentido de la justicia, sin embargo, no admite como fundamento ninguna institución: está sostenido por una ética de fierro a la cual Sciascia no ha dejado de apelar ni en su condición de escritor ni cuando ejerció algún cargo político, siempre fugaz. Pero, tal vez, la mejor definición de Sciascia es la que ha dado él mismo hablando de dos escritores que considera genuinamente comprometidos: Gide y Bernanos. De ellos —y oblicuamente de sí mismo—, Sciascia escribió: "Bien por los escritores comprometidos, pero a condición de que se comprometan siempre contra el príncipe, contra los poderes, contra las iglesias, aunque sean las propias". Esa frase lo refleja con la misma fidelidad con la que la luna de un espejo devuelve un rostro.

LEONARDO SCIASCIA

UN QUIJOTE SICILIANO

QUIEN CONOCE A LEONARDO SCIASCIA

Por Consuelo Carreras

En Italia lo tienen por brujo puesto que en todos sus libros —de los últimos veinte años— ha habido profecías que la realidad ha finalmente corroborado. Leonardo Sciascia, considerado como el más grande escritor italiano de la posguerra y el más borgiano de los literatos europeos —sus libros, como los de Borges, son mitad análisis y mitad ficción— es también la conciencia aguafiestas de la pujante Italia actual. Un país que —según dice— "no tiene sentido de las leyes, que desprecia las normas de convivencia y que vive de espaldas al sentido común". De ahí que a sus profecías no las considere como tales sino más bien "simplemente deducciones". Quijote en un país de pragmáticos, Sciascia cultiva, con un estilo irónico y despojado de toda subjetividad, el gusto por la verdad a secas. Y sus dardos —certeramente dirigidos contra todas las formas de la intolerancia, provenga ésta de la izquierda o de la derecha—, la emprenden contra el poder, desafían a la Iglesia y al fascismo, ponen en tela de juicio a la izquierda y cuestionan todas las actitudes mafiosas de la clase política italiana.

En este país que desde hace cuarenta años no conoce el recambio político —longevidad sólo comparable a la URSS— y cuyo lema de vida se resume en "pobre pero no honrado" (porque la honradez impide embrollar las cosas para sacarles provecho), Sciascia ha ido desmitificando en sus narraciones aquello que él mismo llama "la vieja doblez de la vida italiana". Que no es otra que ese sentir que anima a sus compatriotas y que los lleva a suponer que "es bueno y justo lo que nosotros hacemos y lo que nos acarrea una ventaja, pero es injusta y digna de castigo la misma e idéntica acción llevada a cabo por los demás". Dos libros suyos, *El contexto* (1971) y *Todo modo* (1974), construidos —como gran parte de su obra— al estilo de investigaciones policiales inconclusas, le sirvieron para desenmascarar a los dos grandes partidos políticos italianos, el comunista y la democracia cristiana, a los que llegó a comparar con esos dos teólogos de los que habla Borges. Dos teólogos que se odiaron durante toda la vida antes de descubrir, en el infierno, que habitaban la misma alma. "Estoy seguro de que un día democristianos y comunistas terminarán por comprender que habitan en la misma alma: la Inquisición y el stalinismo", opina Sciascia.

En *El contexto* —que el director Franco Rossi llevara al cine en 1975 con el nombre de *Cadáveres exquisitos*— narra la historia de una serie de crímenes políticos que ocurren en un país imaginario y preanuncia los años de plomo de la Italia brigadista. También arremete contra el PCI al hacerlo cómplice de un complot en contra de la democracia, cuyos dirigentes se resisten a denunciar argumentando que "la verdad no siempre es revolucionaria". En *Todo modo* (expresión española tomada de San Ignacio de Loyola que significa "por todos los medios" y que protagonizara en cine Gian María Volonté) demostró la hipocresía de la democracia cristiana tanto como imaginó cinco años antes el asesinato de Aldo Moro.

Hombre del Sur

Nacido en 1921 en Racalmuto, Agrigento, provincia de Sicilia, Sciascia —apellido de origen árabe que hasta mediados del siglo pasado se escribía Xaxa— sólo ha salido de allí por breves períodos. "Y me parece conocerlo tan profundamente —ha escrito— en las cosas y las personas, en su pasado, en su modo de ser, en su violencia y en su resignación como para decir aquello que decía Borges de Buenos Aires: "Tengo la impresión de que mi nacimiento es posterior a mi residencia aquí. Vivía aquí y después nací".

Ultimo representante de una ilustre estirpe de escritores sicilianos como Verga, Pirandello, Tomasi de Lampedusa, Brancatti, Vittorini, Leonardo Sciascia supo que era siciliano antes que nada cuando una incursión del poder romano a la isla —del gobierno salido de la Resistencia— para apresar a los separatistas, lo precipitó en la memoria siciliana. De donde nunca más salió. Esta pasión que siente por su tierra natal lo ha llevado a investigar concienzudamente la historia y tradiciones de la isla.

Novelista, ensayista, narrador, memorialista, escribe para interrogarse acerca del misterio inexplicable de su isla a la que lo une —suele decir— una relación más cercana "al resentimiento que al sentimiento". "Nací en esta tierra y la vivo como un sufrimiento, quizá sin amarla pero en todo caso más allá del amor que tantos sicilianos dicen profesarle."

La pregunta fundamental de toda su obra podría resumirse en "¿qué es la vida?". "Es imposible llegar a la respuesta. La vida es algo que se parece a la vida. Nada más. Es indefinible, absurdo. Los seres humanos estamos muy atacados, vivimos en continua despedida de la vida y es la vida la que le da sentido a la muerte. Sin la muerte la vida no tiene significado alguno." Sin embargo Sciascia rompe con este descorazonamiento e impotencia característicos del masoquismo siciliano. Lector incansable y poseedor de una vastísima cultura, Voltaire y Pirandello son sus influencias más notables. Del primero proviene ese escepticismo desconfiado y desilusionado que lo lleva a cuestionar las instituciones, los hechos y los procederes de sus personajes. Pero fue en el drama pirandelliano en donde reconoció su vida cotidiana y la de su pueblo. Una vida dibujada por la mirada obsesiva de "los otros", comprometida en el dramático juego de serlo o parecerlo y a la búsqueda de una identidad extraviada. Y fue para quebrar este precario sentido siciliano de la existencia que Sciascia empuñó como arma la razón. Así es como en el último relato de *Los tíos de América* (1958, Monte Avila, Caracas), *El antinomio,* describe la dramática experiencia de un pobre obrero del azufre que debe partir para España integrando el ejército fascista. Sciascia rechaza describir a su personaje con el habitual escepticismo siciliano y hace que el mismo cobre conciencia, gradualmente, de ser en todo igual a los republicanos que debe matar. Cuando retorna a Sicilia el obrero-recluta se ha convertido en un hombre nuevo dispuesto a luchar contra los ricos y opresores. Un modo "sciasciano" de utilizar la energía no para destruir la dignidad humana sino para restaurarla.

Literatura y política

Intelectual invidualista y libertario, en *Cándido o un sueño siciliano* (1978, Bruguera) construye su ingenuo protagonista, Cándido Munafó, como un personaje volteriano inagotable en su manía de proporcionar a los hombres recetas para ser felices. Pleno de momentos cuasi cómicos y escrito con un estilo distante aunque límpido y transparente, en realidad lo que quiso Sciascia sugerir, a través de este moderno Voltaire, es que se debe confiar más en las propias ideas y menos en las que otros han pensado por uno. En sus palabras, "aprender a no tratar de dar vida a lo que ya está muerto".

Pero este escritor que comenzó escribiendo poesía pero que descubrió enseguida que su vocación era la narrativa, "la búsqueda de las razones de la realidad a través de la prosa", ha tenido pese a todo sus devaneos políticos (ver recuadro). En 1976 fue elegido concejal comunista de Palermo, cargo en el que duró sólo 18 meses. Los que necesitó para comprender que el PCI no estaba dispuesto —dentro del municipio— a cambiar nada. "En la primera reunión —cuenta— un comunista declaró que no deseaban procesar al pasado y como tampoco estaban dispuestos a hacerlo con el presente, mi presencia en el lugar me pareció inútil y simplemente decorativa." Le siguió luego el Partido Radical, un partido que promueve los derechos civiles y busca una sociedad laica, liberal y permisiva. Y fue electo diputado en el Parlamento Europeo. Tampoco duró aquí porque —sostiene— "el terreno de un escritor no puede ser acotado".

En las últimas elecciones sostuvo al socialista Bettino Craxi, único político italiano al que dejó bien parado en su libro *El caso Moro* (Vergara). Una obra indispensable —por la crudeza del análisis que hace de la muerte de Moro a través de las cartas que este último enviaba desde su cautiverio— para entender la Italia actual.

Pero este siciliano de 66 años, bajito, regordete, morocho y de ojos tristes hoy está más preocupado por su vista —cansada por el tiempo y las letras—, que se apaga lentamente y le impide releer a Diderot. Sus últimas obras se relacionan con la justicia "siempre tan injusta". *1912 + 1*, que en Buenos Aires acaba de editar Tusquets, le sirve para reflexionar sobre la familia, la democracia cristiana, "la vida de Italia, en suma". En Italia está por aparecer su última novela *Porte aperte*. La historia de un juez que se ve obligado a dictar sentencia de muerte, se opone a ella y no la pronuncia. Sciascia, naturalmente, está del lado del juez.

HISTORIA DE VIDA

***Las fábulas de la dictadura* (1950). *La Sicilia, su corazón* (1952). *Pirandello y el pirandellismo* (1953). *Las parroquias de Regalpetra* (1956). *Los tíos de América* (1958). *Pirandello y Sicilia* (1961). *El día de la lechuza* (1961). *El archivo de Egipto* (1963). *La muerte del inquisidor* (1964). *L'Onorevole* (teatro) (1965). *A cada uno lo suyo* (1966). *La recitación de la controversia lipartiana dedicada a A.D.* (1969). *La cuerda loca* (1970). *El contexto* (1971). *Actas relativas a la muerte de Raymond Roussell* (1971). *El mar color de vino* (1973). *Todo modo* (1974). *La desaparición de Majorana* (1975). *Los apuñaladores* (1976). *Cándido o un sueño siciliano* (1977). *El affaire Moro* (1978). *Negro sobre negro* (1979). *Del lado de los infieles* (1979). *El teatro de la memoria* (1981). *Kermesse* (1982). *La sentencia memorable* (1982). *Cruciverba* (1983). *1912 + 1* (1986).**



CONTI

Lector apasionado de Diderot, Manzoni, Casanova, Paul Louis Courier, Voltaire, Stendhal, Dante, Boccaccio, Montaigne, Pascal, Gide y Tolstoi, y también Malraux. Sin embargo admira más que nada el siglo de las luces porque considera que allí se inventaron "el derecho, la razón y la justicia".

Entre Marx y Freud siempre ha preferido leer a este último. "Freud es siempre útil para un novelista. Pero no necesito agregar que el freudismo como terapia me parece una estafa de tipo religioso. No en vano en mi novela *Cándido* propuse que a los psicoanalistas les sea inmediatamente acordado el diaconato."

Su admiración por Malraux —a menudo contrapuesta en un amigo de las luces— la explica por la pasión que tuvo, entre los 13 y los 17 años, por D'Annunzio. Admiración que duró hasta que comprendió que el escritor caía siempre del lado malo. "Cuando leí a Malraux tuve la impresión de descubrir un D'Annunzio que había caído del lado bueno."

Dice que siente un gusto muy stendhaliano por los héroes y piensa que este crepúsculo actual de los semidioses ha sido negativo para la sensibilidad pública. "Me gustaría asis-

QUIEN CONOCE A LEONARDO SCIASCIA

Por Consuelo Carreras

En Italia lo tienen por brujo puesto que en todos sus libros —de los últimos veinte años— ha habido profecías que la realidad ha finalmente corroborado. Leonardo Sciascia, considerado como el más grande escritor italiano de la posguerra y el más borgiano de los literatos europeos —sus libros, como los de Borges, son mitad análisis y mitad ficción— es también la conciencia aguafiestas de la pujante Italia actual. Un país que —según dice— "no tiene sentido de las leyes, que desprecia las normas de convivencia y que vive de espaldas al sentido común". De ahí que a sus profecías no las considere como tales sino más bien "simplemente deducciones". Quijote en un país de pragmáticos, Sciascia cultiva, con un estilo irónico y despojado de toda subjetividad, el gusto por la verdad a secas. Y sus dardos —certeramente dirigidos contra todas las formas de la intolerancia, provenga ésta de la izquierda o de la derecha—, la emprenden contra el poder, desafían a la Iglesia y al fascismo, ponen en tela de juicio a la izquierda y cuestionan todas las actitudes mafiosas de la clase política italiana.

En este país que desde hace cuarenta años no conoce el recambio político —longevidad sólo comparable a la URSS— y cuyo lema de vida se resume en "pobre pero no honrado" (porque la honradez impide embrollar las cosas para sacarles provecho), Sciascia ha ido desmitificando en sus narraciones aquello que él mismo llama "la vieja doblez de la vida italiana". Que no es otra que ese sentir que anima a sus compatriotas y que los lleva a suponer que "es bueno y justo lo que nosotros hacemos y lo que nos acarrea una ventaja, pero es injusta y digna de castigo la misma e idéntica acción llevada a cabo por los demás". Dos libros suyos, *El contexto* (1971) y *Todo modo* (1974), construidos —como gran parte de su obra— al estilo de investigaciones policiales inconclusas, le sirvieron para desenmascarar a los dos grandes partidos políticos italianos, el comunista y la democracia cristiana, a los que llegó a comparar con esos dos teólogos de los que habla Borges. Dos teólogos que se odiaron durante toda la vida antes de descubrir, en el infierno, que habitaban la misma alma. "Estoy seguro de que un día democristianos y comunistas terminarán por comprender que habitan en la misma alma: la Inquisición y el stalinismo", opina Sciascia.

En *El contexto* —que el director Franco Rossi llevara al cine en 1975 con el nombre de *Cadáveres exquisitos*— narra la historia de una serie de crímenes políticos que ocurren en un país imaginario y preanuncia los años de plomo de la Italia brigadista. También arremete contra el PCI al hacerlo cómplice de un complot en contra de la democracia, cuyos dirigentes se resisten a denunciar argumentando que "la verdad no siempre es revolucionaria". En *Todo modo* (expresión española tomada de San Ignacio de Loyola que significa "por todos los medios" y que protagonizara en cine Gian María Volonté) demostró la hipocresía de la democracia cristiana tanto como imaginó cinco años antes el asesinato de Aldo Moro.

Hombre del Sur

Nacido en 1921 en Racalmuto, Agrigento, provincia de Sicilia, Sciascia —apellido de origen árabe que hasta mediados del siglo pasado se escribía Xaxa— sólo ha salido de allí por breves períodos. "Y me parece conocerlo tan profundamente —ha escrito— en las cosas y las personas, en su pasado, en su modo de ser, en su violencia y en su resignación como para decir aquello que decía Borges de Buenos Aires: "Tengo la impresión de que mi nacimiento es posterior a mi residencia aquí. Vivía aquí y después nací".

Ultimo representante de una ilustre estirpe de escritores sicilianos como Verga, Pirandello, Tomasi de Lampedusa, Brancatti, Vittorini, Leonardo Sciascia supo que era siciliano antes que nada cuando una incursión del poder romano a la isla —del gobierno salido de la Resistencia— para apresar a los separatistas, lo precipitó en la memoria siciliana. De donde nunca más salió. Esta pasión que siente por su tierra natal lo ha llevado a investigar concienzudamente la historia y tradiciones de la isla.

Novelista, ensayista, narrador, memorialista, escribe para interrogarse acerca del misterio inexplicable de su isla a la que lo une —suele decir— una relación más cercana "al resentimiento que al sentimiento". "Nací en esta tierra y la vivo como un sufrimiento, quizá sin amarla pero en todo caso más allá del amor que tantos sicilianos dicen profesarle."

La pregunta fundamental de toda su obra podría resumirse en "¿qué es la vida?". "Es imposible llegar a la respuesta. La vida es algo que se parece a la vida. Nada más. Es indefinible, absurdo. Los seres humanos estamos muy atacados, vivimos en continua despedida de la vida y es la vida la que le da sentido a la muerte. Sin la muerte la vida no tiene significado alguno." Sin embargo Sciascia rompe con este descorazonamiento e impotencia característicos del masoquismo siciliano. Lector incansable y poseedor de una vastísima cultura, Voltaire y Pirandello son sus influencias más notables. Del primero proviene ese escepticismo desconfiado y desilusionado que lo lleva a cuestionar las instituciones, los hechos y los procederes de sus personajes. Pero fue en el drama pirandelliano en donde reconoció su vida cotidiana y la de su pueblo. Una vida dibujada por la mirada obsesiva de "los otros", comprometida en el dramático juego de serlo o parecerlo y a la búsqueda de una identidad extraviada. Y fue para quebrar este precario sentido siciliano de la existencia que Sciascia empuñó como arma la razón. Así es como en el último relato de *Los tíos de América* (1958, Monte Avila, Caracas), *El antinomio*, describe la dramática experiencia de un pobre obrero del azufre que debe partir para España integrando el ejército fascista. Sciascia rechaza describir a su personaje con el habitual escepticismo siciliano y hace que el mismo cobre conciencia, gradualmente, de ser en todo igual a los republicanos que debe matar. Cuando retorna a Sicilia el obrero-recluta se ha convertido en un hombre nuevo dispuesto a luchar contra los ricos y opresores. Un modo "sciasciano" de utilizar la energía no para destruir la dignidad humana sino para restaurarla.

Literatura y política

Intelectual invidualista y libertario, en *Cándido o un sueño siciliano* (1978, Bruguera) construye su ingenuo protagonista, Cándido Munafó, como un personaje volteriano inagotable en su manía de proporcionar a los hombres recetas para ser felices. Pleno de momentos cuasi cómicos y escrito con un estilo distante aunque límpido y transparente, en realidad lo que quiso Sciascia sugerir, a través de este moderno Voltaire, es que se debe confiar más en las propias ideas y menos en las que otros han pensado por uno. En sus palabras, "aprender a no tratar de dar vida a lo que ya está muerto".

Pero este escritor que comenzó escribiendo poesía pero que descubrió enseguida que su vocación era la narrativa, "la búsqueda de las razones de la realidad a través de la prosa", ha tenido pese a todo sus devaneos políticos (ver recuadro). En 1976 fue elegido concejal comunista de Palermo, cargo en el que duró sólo 18 meses. Los que necesitó para comprender que el PCI no estaba dispuesto —dentro del municipio— a cambiar nada. "En la primera reunión —cuenta— un comunista declaró que no deseaban procesar al pasado y como tampoco estaban dispuestos a hacerlo con el presente, mi presencia en el lugar me pareció inútil y simplemente decorativa." Le siguió luego el Partido Radical, un partido que promueve los derechos civiles y busca una sociedad laica, liberal y permisiva. Y fue electo diputado en el Parlamento Europeo. Tampoco duró aquí porque —sostiene— "el terreno de un escritor no puede ser acotado".

En las últimas elecciones sostuvo al socialista Bettino Craxi, único político italiano al que dejó bien parado en su libro *El caso Moro* (Vergara). Una obra indispensable —por la crudeza del análisis que hace de la muerte de Moro a través de las cartas que este último enviaba desde su cautiverio— para entender la Italia actual.

Pero este siciliano de 66 años, bajito, regordete, morocho y de ojos tristes hoy está más preocupado por su vista —cansada por el tiempo y las letras—, que se apaga lentamente y le impide releer a Diderot. Sus últimas obras se relacionan con la justicia "siempre tan injusta". *1912 + 1*, que en Buenos Aires acaba de editar Tusquets, le sirve para reflexionar sobre la familia, la democracia cristiana, "la vida de Italia, en suma". En Italia está por aparecer su última novela *Porte aperte*. La historia de un juez que se ve obligado a dictar sentencia de muerte, se opone a ella y no la pronuncia. Sciascia, naturalmente, está del lado del juez.

HISTORIA DE VIDA

Las fábulas de la dictadura (1950). *La Sicilia, su corazón* (1952). *Pirandello y el pirandellismo* (1953). *Las parroquias de Regalpetra* (1956). *Los tíos de América* (1958). *Pirandello y Sicilia* (1961). *El día de la lechuza* (1961). *El archivo de Egipto* (1963). *La muerte del inquisidor* (1964). *L'Onorevole* (teatro) (1965). *A cada uno lo suyo* (1966). *La recitación de la controversia liparitana dedicada a A.D.* (1969). *La cuerda loca* (1970). *El contexto* (1971). *Actas relativas a la muerte de Raymond Roussell* (1971). *El mar color de vino* (1973). *Todo modo* (1974). *La desaparición de Majorana* (1975). *Los apuñaladores* (1976). *Cándido o un sueño siciliano* (1977). *El affaire Moro* (1978). *Negro sobre negro* (1979). *Del lado de los infieles* (1979). *El teatro de la memoria* (1981). *Kermesse* (1982). *La sentencia memorable* (1982). *Cruciverba* (1983). *1912 + 1* (1986).

CONTRA TODA INQUISICION

Lector apasionado de Diderot, Manzoni, Casanova, Paul Louis Courier, Voltaire, Stendhal, Dante, Boccaccio, Montaigne, Pascal, Gide y Tolstoi, y también Malraux. Sin embargo admira más que nada el siglo de las luces porque considera que allí se inventaron "el derecho, la razón y la justicia".

Entre Marx y Freud siempre ha preferido leer a este último. "Freud es siempre útil para un novelista. Pero no necesito agregar que el freudismo como terapia me parece una estafa de tipo religioso. No en vano en mi novela *Cándido* propuse que a los psicoanalistas les sea inmediatamente acordado el diaconato."

Su admiración por Malraux —a menudo contrapuesta en un amigo de las luces— la explica por la pasión que tuvo, entre los 13 y los 17 años, por D'Annunzio. Admiración que duró hasta que comprendió que el escritor caía siempre del lado malo. "Cuando leí a Malraux tuve la impresión de descubrir un D'Annunzio que habia caído del lado bueno."

Dice que siente un gusto muy stendhaliano por los héroes y piensa que este crepúsculo actual de los semidioses ha sido negativo para la sensibilidad pública. "Me gustaría asistir al nacimiento de nuevos héroes, científicos, por ejemplo. Deseo con toda mi alma que nazcan héroes sabios y heréticos."

Jamás soñó en convertirse en el más grande escritor italiano de la posguerra. Tampoco está muy seguro de lo que significa ser un gran escritor. En todo caso el lugar donde mejor se siente es en su Racalmuto natal "donde soy precisamente 'alguien', donde soy aquel que hubiera sido aunque jamás hubiera escrito mis libros".

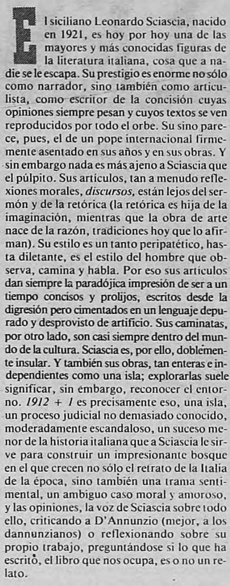
Sus relaciones con el comunismo conocieron altos y bajos. Antes de la publicación de *El contexto* era considerado escritor "bueno y corajudo". "Candidato en sus listas, fui promovido como gran escritor. Renunciando, fui acusado de cobarde." La seducción que el partido pudo ejercer sobre él, Sciascia la explica utilizando la frase de uno de sus antiguos profesores, Vitaliano Brancatti, según la cual: "En Sicilia para poder ser nada más que un liberal hay que ser por lo menos comunista". Aserto que Sciascia respetó puesto que en Italia sólo el PC impulsó las reformas elementales que el país necesitaba. "En Italia es la falta de imaginación y audacia de la Democracia Cristiana la que levanta el blasón ideológico del comunismo."

A las Brigadas Rojas tampoco las trató mejor. En su opinión no eran más que católicos trasnochados que hubieran hecho las delicias de Felipe II, de la Inquisición y de la Contrarreforma "ya que su deseo más profundo era prohibir y llevar la inquisición a todas partes". En todo caso no serían otra cosa que los hijos del eurocomunismo de Berlinguer que al asumir "su función de contrapoder cómplice y dispuesto al 'compromiso', abandonó su discurso revolucionario y dejó un espacio vacío en el abanico ideológico donde se introdujeron los terroristas como ocupantes dentro de una casa deshabitada".

Sostuvo que los asesinos de Aldo Moro fueron las Brigadas pero también los que se esconden detrás de ellas, el Partido Comunista, la Democracia Cristiana "y yo mismo". Según Sciascia la muerte de Moro "a pesar de sus responsabilidades históricas, le hizo adquirir una inocencia que nos volvió a todos culpables". Emocionado por las últimas voluntades del político, que apartó de su entierro a sus correligionarios, le recordaron a Pirandello que era fascista y quiso que lo enterraran desnudo por miedo a que lo vistieran con el uniforme de los dignatarios del régimen, como se estilaba entonces. "Muriendo, Aldo Moro se desvistió de la túnica de la Democracia Cristiana. De este modo su cadáver no perteneció a nadie pero su muerte nos acusa a todos." De la mafia ha escrito que es la única burguesía posible en Sicilia y su diferencia con cualquier burguesía europea estriba en su modalidad salvaje de explotación. "El error de los partidos de izquierda en su lucha contra la mafia es no haber sabido emprender una verdadera revolución cultural, remplazar una cultura que gozaba de un cierto número de cánones morales por otra cultura con otros cánones. Terminaron por hacer creer que se puede ser socialista o comunista sin operar una ruptura fundamental con la visión del mundo de la mafia y con su cultura." Considerado un escritor comprometido, sólo se siente comprometido consigo mismo y otros "sí mismos". Opina que los dos más grandes escritores comprometidos que conoce son Gide y Bernanos "porque lo fueron verdadera y profundamente: el primero, que se sentía comunista, escribió la verdad sobre la Unión Soviética, y el segundo, que era católico, escribió contra el mundo católico que exaltaba la cruzada de Franco. En consecuencia: "Bien por los intelectuales comprometidos, pero a condición que se comprometan siempre contra el príncipe, contra los poderes, contra las Iglesias aunque sean las propias".

EL MODO DE NARRAR

Por Daniel Fernández





El siciliano Leonardo Sciascia, nacido en 1921, es hoy por hoy una de las mayores y más conocidas figuras de la literatura italiana, cosa que a nadie se le escapa. Su prestigio es enorme no sólo como narrador, sino también como articulista, como escritor de la concisión cuyas opiniones siempre pesan y cuyos textos se ven reproducidos por todo el orbe. Su sino parece, pues, el de un pope internacional firmemente asentado en sus años y en sus obras. Y sin embargo nada es más ajeno a Sciascia que el púlpito. Sus artículos, tan a menudo reflexiones morales, *discursos*, están lejos del sermón y de la retórica (la retórica es hija de la imaginación, mientras que la obra de arte nace de la razón, tradiciones hoy que lo afirman). Su estilo es un tanto peripatético, hasta diletante, es el estilo del hombre que observa, camina y habla. Por eso sus artículos dan siempre la paradójica impresión de ser a un tiempo concisos y prolijos, escritos desde la digresión pero cimentados en un lenguaje depurado y desprovisto de artificio. Sus caminatas, por otro lado, son casi siempre dentro del mundo de la cultura. Sciascia es, por ello, doblemente insular. Y también sus obras, tan enteras e independientes como una isla; explorarlas suele significar, sin embargo, reconocer el entorno. *1912 + 1* es precisamente eso, una isla, un proceso judicial no demasiado conocido, moderadamente escandaloso, un suceso menor de la historia italiana que a Sciascia le sirve para construir un impresionante bosque en el que crecen no sólo el retrato de la Italia de la época, sino también una trama sentimental, un ambiguo caso moral y amoroso, y las opiniones, la voz de Sciascia sobre todo ello, criticando a D'Annunzio (mejor, a los dannunzianos) o reflexionando sobre su propio trabajo, preguntándose si lo que ha escrito, el libro que nos ocupa, es o no un relato.

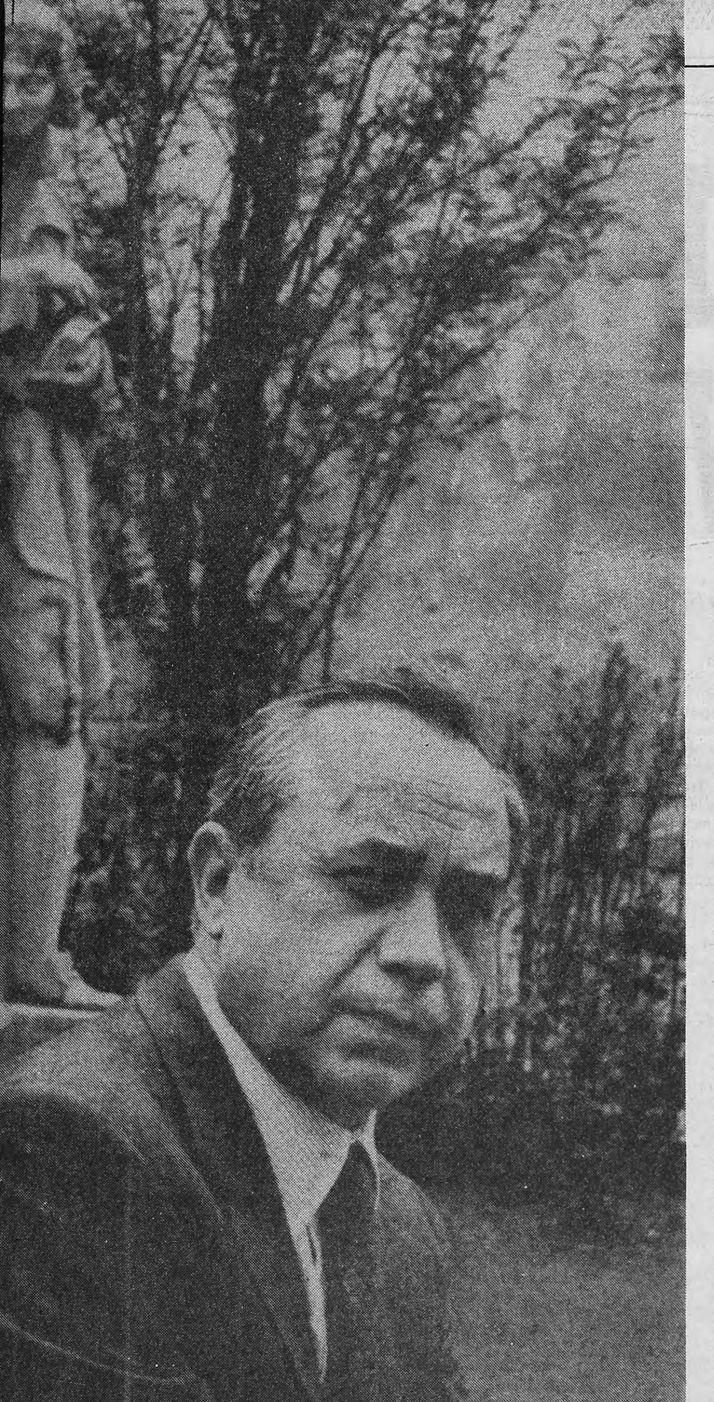
Cuestión esta fundamental y apta para congresos y seminarios de narratología, válida para discusiones en torno al estado de la teoría de los géneros. Porque, ¿qué puede ser *1912 + 1?* Su mismo título, en guarismos que evitan el 13, es no sólo inusual y casi antiliterario, sino que procede de una dedicatoria autógrafa de D'Annunzio que éste estampó en un volumen que, por azar, ha ido a parar a las manos del siciliano. Y es que Sciascia avanza en sus *textos* por asociación, yendo de una idea a otra, relacionando, sugiriendo. *1912 + 1* es el relato de unos hechos escuetos y del proceso al que dieron lugar.

Investigación

Es, pues un trabajo de investigación sobre la Prensa de la época, una reconstrucción histórica y judicial de una acción: el asesinato que cometió en 1913 la esposa de un capitán de *bersaglieri* al disparar casi a quemarropa contra el asistente de su marido, el *bersagliere* Quintino Polimanti. La razón del pistoletazo fue, según la condesa Tiepolo, autora del mismo, que el ordenanza quiso atentar contra su honor. La opinión pública y la acusación particular vieron en seguida otros móviles y creyeron adivinar una relación pecaminosa entre la condesa y el asistente. Todo ello configura un discurso dicho a *mezza voce*, el discurso del honor conyugal, tan caro a los italianos (más aún a los sicilianos, claro). La condesa Tiepolo fue absuelta en el juicio, pero ello no es más que la anécdota, insistimos. Porque lo que destaca en el libro de Sciascia es no el hilo trivial de la trama, sino la voz que lo narra. Una voz que se encarga de explicar, a su manera, la Italia de la guerra de Libia, aquella que da origen a D'Annunzio y a los futuristas.

Se trata sin más, de un libro breve, un artículo extenso en el que cautiva la sabiduría y la inteligencia del autor. Es un relato que podría parecer incluso demasiado italiano, ajeno a otros lectores, pero no, porque el valor de Sciascia sigue siendo universal. Es el valor del narrador, del que cautiva a su auditorio, aquel que nos hace visitar otras islas. Así, sin grandes trompeteos, serenamente, Sciascia construye un modo de narrar que tal vez supera la discusión entre narradores experimentales, históricos y posmodernos. Sciascia demuestra que lo importante no es lo narrado, sino el modo. Por eso este libro, a caballo de la novela y el ensayo, es de tan grata lectura. Y también porque la cultura del siciliano, con un punto de socarronería, le libra de caer en errores fatales.

Leonardo Sciascia. Traducción de José Ramón Monreal, Tusquets. Barcelona, 1987. 127 páginas.



EL MODO DE NARRAR

Por Daniel Fernández

El siciliano Leonardo Sciascia, nacido en 1921, es hoy por hoy una de las mayores y más conocidas figuras de la literatura italiana, cosa que a nadie se le escapa. Su prestigio es enorme no sólo como narrador, sino también como articulista, como escritor de la concisión cuyas opiniones siempre pesan y cuyos textos se ven reproducidos por todo el orbe. Su sino parece, pues, el de un pope internacional firmemente asentado en sus años y en sus obras. Y sin embargo nada es más ajeno a Sciascia que el púlpito. Sus artículos, tan a menudo reflexiones morales, *discursos*, están lejos del sermón y de la retórica (la retórica es hija de la imaginación, mientras que la obra de arte nace de la razón, tradiciones hoy que lo afirman). Su estilo es un tanto peripatético, hasta diletante, es el estilo del hombre que observa, camina y habla. Por eso sus artículos dan siempre la paradójica impresión de ser a un tiempo concisos y prolijos, escritos desde la digresión pero cimentados en un lenguaje depurado y desprovisto de artificio. Sus caminatas, por otro lado, son casi siempre dentro del mundo de la cultura. Sciascia es, por ello, doblemente insular. Y también sus obras, tan enteras e independientes como una isla; explorarlas suele significar, sin embargo, reconocer el entorno. *1912 + 1* es precisamente eso, una isla, un proceso judicial no demasiado conocido, moderadamente escandaloso, un suceso menor de la historia italiana que a Sciascia le sirve para construir un impresionante bosque en el que crecen no sólo el retrato de la Italia de la época, sino también una trama sentimental, un ambiguo caso moral y amoroso, y las opiniones, la voz de Sciascia sobre todo ello, criticando a D'Annunzio (mejor, a los dannunzianos) o reflexionando sobre su propio trabajo, preguntándose si lo que ha escrito, el libro que nos ocupa, es o no un relato.

Cuestión esta fundamental y apta para congresos y seminarios de narratología, válida para discusiones en torno al estado de la teoría de los géneros. Porque, ¿qué puede ser *1912 + 1?* Su mismo título, en guarismos que evitan el 13, es no sólo inusual y casi antiliterario, sino que procede de una dedicatoria autógrafa de D'Annunzio que éste estampó en un volumen que, por azar, ha ido a parar a las manos del siciliano. Y es que Sciascia avanza en sus *textos* por asociación, yendo de una idea a otra, relacionando, sugiriendo. *1912 + 1* es el relato de unos hechos escuetos y del proceso al que dieron lugar.

Investigación

Es, pues un trabajo de investigación sobre la Prensa de la época, una reconstrucción histórica y judicial de una acción: el asesinato que cometió en 1913 la esposa de un capitán de ***bersaglieri*** al disparar casi a quemarropa contra el asistente de su marido, el *bersagliere* Quintino Polimanti. La razón del pistoletazo fue, según la condesa Tiepolo, autora del mismo, que el ordenanza quiso atentar contra su honor. La opinión pública y la acusación particular vieron en seguida otros móviles y creyeron adivinar una relación pecaminosa entre la condesa y el asistente. Todo ello configura un discurso dicho a *mezza voce*, el discurso del honor conyugal, tan caro a los italianos (más aún a los sicilianos, claro). La condesa Tiepolo fue absuelta en el juicio, pero ello no es más que la anécdota, insistimos. Porque lo que destaca en el libro de Sciascia es no el hilo trivial de la trama, sino la voz que lo narra. Una voz que se encarga de explicar, a su manera, la Italia de la guerra de Libia, aquella que da origen a D'Annunzio y a los futuristas.

Se trata sin más, de un libro breve, un artículo extenso en el que cautiva la sabiduría y la inteligencia del autor. Es un relato que podría parecer incluso demasiado italiano, ajeno a otros lectores, pero no, porque el valor de Sciascia sigue siendo universal. Es el valor del narrador, del que cautiva a su auditorio, aquel que nos hace visitar otras islas. Así, sin grandes trompeteos, serenamente, Sciascia construye un modo de narrar que tal vez supera la discusión entre narradores experimentales, históricos y posmodernos. Sciascia demuestra que lo importante no es lo narrado, sino el modo. Por eso este libro, a caballo de la novela y el ensayo, es de tan grata lectura. Y también porque la cultura del siciliano, con un punto de socarronería, le libra de caer en errores fatales.

Leonardo Sciascia. Traducción de José Ramón Monreal, Tusquets. Barcelona, 1987. 127 páginas.

RA TODA INQUISICION

tir al nacimiento de nuevos héroes, científicos, por ejemplo. Deseo con toda mi alma que nazcan héroes sabios y heréticos."

Jamás soñó en convertirse en el más grande escritor italiano de la posguerra. Tampoco está muy seguro de lo que significa ser un gran escritor. En todo caso el lugar donde mejor se siente es en su Racalmuto natal "donde soy precisamente 'alguien', donde soy aquel que hubiera sido aunque jamás hubiera escrito mis libros".

Sus relaciones con el comunismo conocieron altos y bajos. Antes de la publicación de *El contexto* era considerado escritor "bueno y corajudo". "Candidato en sus listas, fui promovido como gran escritor. Renunciando, fui acusado de cobarde." La seducción que el partido pudo ejercer sobre él, Sciascia la explica utilizando la frase de uno de sus antiguos profesores, Vitaliano Brancatti, según la cual: "En Sicilia para poder ser nada más que un liberal hay que ser por lo menos comunista". Aserto que Sciascia respetó puesto que en Italia sólo el PC impulsó las reformas elementales que el país necesitaba. "En Italia es la falta de imaginación y audacia de la Democracia Cristiana la que levanta el blasón ideológico del comunismo."

A las Brigadas Rojas tampoco las trató mejor. En su opinión no eran más que católicos trasnochados que hubieran hecho las delicias de Felipe II, de la Inquisición y de la Contrarreforma "ya que su deseo más profundo era prohibir y llevar la inquisición a todas partes". En todo caso no serían otra cosa que los hijos del eurocomunismo de Berlinguer que al asumir "su función de contrapoder cómplice y dispuesto al 'compromiso', abandonó su discurso revolucionario y dejó un espacio vacío en el abanico ideológico donde se introdujeron los terroristas como ocupantes dentro de una casa deshabitada".

Sostuvo que los asesinos de Aldo Moro fueron las Brigadas pero también los que se esconden detrás de ellas, el Partido Comunista, la Democracia Cristiana "y yo mismo". Según Sciascia la muerte de Moro "a pesar de sus responsabilidades históricas, le hizo adquirir una inocencia que nos volvió a todos culpables". Emocionado por las últimas voluntades del político, que apartó de su entierro a sus correligionarios, le recordaron a Pirandello que era fascista y quiso que lo enterraran desnudo por miedo a que lo vistieran con el uniforme de los dignatarios del régimen, como se estilaba entonces. "Muriendo, Aldo Moro se desvistió de la túnica de la Democracia Cristiana. De este modo su cadáver no perteneció a nadie pero su muerte nos acusa a todos." De la mafia ha escrito que es la única burguesía posible en Sicilia y su diferencia con cualquier burguesía europea estriba en su modalidad salvaje de explotación. "El error de los partidos de izquierda en su lucha contra la mafia es no haber sabido emprender una verdadera revolución cultural, remplazar una cultura que gozaba de un cierto número de cánones morales por otra cultura con otros cánones. Terminaron por hacer creer que se puede ser socialista o comunista sin operar una ruptura fundamental con la visión del mundo de la mafia y con su cultura." Considerado un escritor comprometido, sólo se siente comprometido consigo mismo y otros "sí mismos". Opina que los dos más grandes escritores comprometidos que conoce son Gide y Bernanos "porque lo fueron verdadera y profundamente: el primero, que se sentía comunista, escribió la verdad sobre la Unión Soviética, y el segundo, que era católico, escribió contra el mundo católico que exaltaba la cruzada de Franco. En consecuencia: "Bien por los intelectuales comprometidos, pero a condición que se comprometan siempre contra el príncipe, contra los poderes, contra las Iglesias aunque sean las propias".

LA NIEVE, LA NAVIDAD

Por Leonardo Sciascia

El viento se te lleva las orejas —dice el bedel.

Por la ventana veo los árboles doblados como atletas al inicio de una carrera. Los chicos golpean el suelo con los pies y se calientan las manos llenas de sabañones. El aula tiene cuatro grandes ventanas adamascadas de hielo, que tiemblan con el viento como las campanillas de un asno que camina al paso.

—Un invierno como éste no se recordaba desde 1909, después del terremoto de Mesina, pero entonces llovió más que nevó —dicen los viejos.

Los muchachos se han puesto toda la ropa que sus padres han podido encontrar: abrigos de mujer, pantalones largos, viejos pañuelos de seda en forma de lazo en torno al cuello y gorros de lana o hule. Sin embargo, debajo de la chaqueta sólo llevan el pulóver y los grandes zapatos escupen agua por la suela y los descosidos.

Hace más de un mes que los campesinos no trabajan, los de las salinas hacen turnos de dos o tres días por semana; pasan las horas muertas blasfemando y escupiendo, fuman un poco de tabaco negro y escuchan la radio. Oyen las donaciones que llegan de todas partes, dinero, víveres, mantas, y están convencidos de que nada de todo eso llegará hasta ellos.

—Estas cosas —dicen— pasan por tantas manos... Y en Italia hay gente que tiene goma en las manos, todo lo que toca se le pega.

—Es como el tazón de vino que dan a los soldados —me cuenta un campesino—. El comerciante que se lo vende al ejército ya lo ha bautizado; luego, por cada mano que pasa, va perdiendo en vino y ganando en agua. El último golpe lo da el cabo, y al soldado sólo le llega un tazón de agua de la fuente.

El cura del Carmen ha retirado las campanas de su iglesia y ahora las trombas de los altavoces apuntan amenazadoras desde las esquinas del campanario. Hace poco ha ido a América y ha hecho una buena colecta entre los emigrantes regalpetrenses en Nueva York: todos ellos han dado dólares para la iglesia del Carmen. Al cura le ha gustado tanto el sonido del carillón de las iglesias americanas que ha comprado todos los aparatos para su iglesia. Ahora el *Salve Regina*, la llamada para la misa, las vísperas, la exposición del Santísimo durante cuarenta días y las dos horas de noche se deshojan en el aire como grandes crisantemos blancos. Los parroquianos del Carmen, en su mayoría campesinos, dicen que el carillón ha atraído la nieve.

—¡Oh, aquellas bonitas campanas! —deploran.

El cura del Carmen, sin embargo, se siente feliz. Como una mujer que viste estrambóticamente, camina al ritmo de los sones del carillón. Sabe que ha suscitado la envidia de los demás curas, incluido el arcipreste. Pero éstos no saben que toda novedad, sustitución o modificación crea en el pueblo escepticismo e irrisión, o rencor a secas. El decreto (cuyo nombre no sé con exactitud) que ha supuesto la novedad de la misa del domingo por la tarde, por el que un católico puede comulgar tres horas después de haber comido, ha levantado irónicos comentarios: pese a que lo haya comunicado el Papa, la gente no cree que comulgar a las cuatro de la tarde sea válido "para todos los efectos", como se dice en lenguaje burocrático. El pueblo quiere una iglesia inmóvil y firme como una roca, al margen del tiempo humano, lejana.

A causa del frío, un chico de mi clase se ha puesto una chaqueta larga y negra de fustán consumido y reluciente, con las mangas tan largas que tiene que arremangárselas para sacar las manos.

Arrugadas y oscuras por la acción del que llaman viento-nieve, las manos salen de las mangas como cabezas de tortugas. Además, ha encontrado un par de pantalones acampanados que le llegan hasta la rodilla: las medias rojas salen de unos viejos zapatos de cuero blanco. Cuando se vuelve parece un payaso, sus compañeros ríen cuando lo llamo a la tarima. Pero si uno le mira a la cara, se siente dolorosamente afectado por su forzada sonrisa y su mirada de animal acorralado. Si me acerco a él para hacerle notar un error o para señalarle algo del libro, me mira con ojos de terror, parpadea como si sobre él cayera la amenaza de un golpe. Es algo que me pone nervioso. Hace dos años que está conmigo y sabe que no castigo nunca, sin embargo siempre tiene miedo. Después pienso que un día me contó que el maestro de los primeros cursos, viejo y enfermo, le escupía en la cara cada vez que descubría un error en los ejercicios y entonces se me diluye todo posible resentimiento, porque yo sufro sólo con pensar que alguien me tiene miedo. Inmerso en esta condición de miedo —y quizá nunca en la vida logre sacársela de encima si no es en algún momento de extrema rabia y vileza—, él busca, como es obvio, los caminos de la adulación servil, la mentira y el soplo. Actitud que también me molesta: quisiera castigarle de alguna manera, pero me freno al pensar en toda la genealogía de servidumbre y miseria de la que proviene, en el maestro que le escupía en la cara, en la madre que friega los suelos de los ricos, en el padre desocupado; y reflexiono sobre lo que pedagogos, periodistas y hombres de gobierno llaman "misión": mi misión de maestro, aquí, en medio de estos niños. Y me pregunto qué otra cosa puedo hacer aparte de enseñar, como se decía antes sin las modernas hipocresías, a leer, escribir y hacer cuentas. Que vengan los señores y los hombres de gobierno, los pedagogos y los periodistas aquí a hacerse sus hombres y ciudadanos del futuro. Tal vez bastara con que vinieran a ver el efecto de una semana de viento y nieve sobre un pueblo como éste: cuánta miseria remueve y revela, cuánto sufrimiento.

Con el frío los viejos se van. *Quagliano*, dicen aquí. *Quagliare* quiere decir callar, el inadvertido callar de la vida, la muerte que lentamente se coagula en el cuerpo de un hombre, se transforma en helada forma. Es una expresión que se usa para las personas que llegan a la muerte sin dolor, pero a mí me gusta darle un sentido pirandelliano y universal.

Hoy ha muerto un viejo loco, se va dentro de un ataúd de madera blanca, con bajorrelieves de ángeles que parecen medusas. El carro marcha lentamente sobre la nieve que chirría como vidrio, el cielo criba aún espesa nieve. Era un loco pacífico: paseaba siempre por la plaza de la Matriz, arriba y abajo, con furia, como algunos animales en las jaulas del jardín zoológico; tenía los ojos tan desencajados que parecía bizco, hablaba siempre, desarrollaba en un murmullo como de rosario sus consideraciones políticas, se detenía un momento y decía con voz clara:

—Cornudos éstos y cornudos aquéllos —reemprendía el paseo, se volvía a parar y hacía un gesto de desprecio que envolvía todo el horizonte de las casas, todo el pueblo—: Raza de bueyes.

De vez en cuando alguien se le acercaba y le preguntaba su opinión o el horóscopo de algún ciudadano que pasaba por la calle. El loco miraba a la persona en cuestión, de tal manera que parecía que se hubiera olvidado de la pregunta, y luego sentenciaba:

—¿Don Carmelo, Mormino? El primer ladrón del pueblo. O bien: ¿El señor Pecorilla? No se preocupen, seguro que muere asesinado.

Como cada año, los chicos me cuentan en una hojita cómo han pasado la Navidad: todos han jugado a las cartas, al siete y medio y al *ti viti* (te he visto: un juego que no permite la más mínima distracción); han ido a la misa de gallo, han comido cordero y han ido al cine. Alguno afirma que ha estudiado desde el alba, al volver de misa, hasta mediodía, pero es una mentira evidente. En general, todos han hecho lo mismo. Alguno lo cuenta con aires de antigua crónica: "Pasé la Noche Buena jugando a las cartas, luego fui a la plaza Matriz. Estaba llena de gente y todo iluminado y a las seis nació Jesús".

Tres chicos, sin embargo, no han hablado de la misa del gallo, han escrito, sin amarga conciencia, cosas muy amargas. "El día de Navidad jugué a las cartas, gané cuatrocientas piras y con este dinero primero me compré los cuadernos y la lapicera y luego con el resto me fui al cine y le pagué la entrada a mi padre para que no se gastara su dinero y una vez dentro él me compró seis caramelos y un refresco." El chico se ha sentido feliz. Ha hecho de su padre un amigo al pagarle la entrada del cine y después ha obtenido los seis caramelos y el refresco y ya había comprado los cuadernos y la lapicera. Ha pasado una buena Navidad. Pero hubiera deseado una Navidad distinta, más despreocupada. Y a continuación la Navidad, aún más triste, de otro muchacho: "El día de Navidad jugué con mis primos y compañeros. Había ganado doscientas liras y cuando volvía a casa mi padre me las quitó y se fue a divertir". Nunca leí nada tan triste en las redacciones, a menudo desoladoras, que los niños hacen de sus jornadas. Veo la casa, húmeda y oscura, en aquel barrio de San Nicolás que es el más pobre del pueblo; el chico que llora (y quizás ha recibido un bofetón y alguna palabrota) por esas doscientas liras que ganó en el juego y que quería emplear quién sabe cómo y el padre que se va a tomar una copa, a emborracharse con el pobre dinero de su hijo. Nunca, como a través de este pequeño hecho, la miseria ha aparecido ante mí en toda su esencia de ciega, maldita bestialidad. En última instancia (si bien se mira) en este episodio están todos los elementos que conforman la tragedia de nuestra vida: al menos de la vida que se hace aquí, en este pueblo. Y el día de la fiesta cristiana, que hace de telón de fondo y condiciona el episodio, parece convertirse en una blasfema parodia detrás de este niño que llora en su casa oscura.

"La mañana del día de Navidad —escribe otro— mi madre me metió en agua caliente para lavarme del todo." El día de fiesta no le trajo nada mejor. Una vez lavado, secado y vestido, salieron con su padre "a comprar". Después comieron arroz caldoso y cordero. "Así pasé la Santa Navidad."

